

PREGÓN FIESTAS 2026 VILLAESCUSA DE HARO

Lourdes Ciprés Guiral

Queridísima Villaescusa, buenas noches:

- Agradezco esta oportunidad y espero que estas palabras sean capaces de transmitir el enorme cariño que siento por toda la gente de Villaescusa. Después de tantos años de conversaciones en la intimidad de la consulta, hoy nos encontramos en este maravilloso lugar y en una forma de comunicación a la que estoy mucho menos acostumbrada. Confío en poder transmitir la misma cercanía e intimidad que siempre han acompañado nuestra relación. Una relación que, en muchos casos, dura ya casi cuarenta años.
- Son muchos los factores que van trazando nuestros caminos, a veces de forma consciente y otras sin que apenas nos demos cuenta. Mirando hoy hacia atrás, me quedo con estas palabras de Einstein, que resumen también mi manera de entender la vida: “Los ideales que han iluminado mi camino y me han dado valor para afrontar la vida han sido la verdad, la bondad y la belleza”.
- Para entender cómo comenzó ese camino, volvamos unos años atrás, a un momento que marcó el rumbo de mi vida profesional. Corría el año 1973 y tuve que tomar una de esas primeras decisiones que, sin saberlo entonces, acabarían conduciéndome hasta Villaescusa: elegir qué carrera estudiar.
- Siempre me había gustado la biología, especialmente el cuerpo humano. Qué extraordinario y, al mismo tiempo, qué complejo es, ¿verdad? También sentía una profunda vocación de servicio y el deseo de dedicar mi vida a ayudar a los demás. Por eso elegí estudiar Medicina, una profesión que con el tiempo se convertiría no solo en mi trabajo, sino en una de las partes más importantes y enriquecedoras de mi vida.
- Las cosas parecen más fáciles cuando se cuentan que cuando se viven. Pero ¿sabéis cómo llegué a La Mancha? ¡En autostop! Era julio de 1979. Venir supuso una aventura. El autostop era mucho más incierto que el actual

BlaBlaCar, pero, a pesar de todo, conseguí llegar a Cuenca con una amiga para registrarnos en el Colegio de Médicos.

- Pasé unos años en diferentes destinos de la provincia. Para una maña como yo, conocer a gente tan auténtica como los manchegos fue toda una experiencia de vida. A los pocos días, alguien me explicó que estar “amormao” quería decir tener la nariz llena de mocos. También me llamaba la atención que, cuando les preguntaba algo, a veces respondieran simplemente «ea», o que llamaran hermana o hermano a las personas mayores como muestra de cariño y respeto.
- Pero el momento decisivo, el que me trajo hasta Villaescusa, llegó en 1987. Tuve que elegir entre dos pueblos de la provincia de Cuenca: Villaescusa de Haro o Villarejo de Fuentes. En aquel momento me pareció una elección como cualquier otra, pero con el tiempo comprendí que aquella decisión, tomada casi al azar, acabaría marcando el resto de mi vida y la de mi familia.
- Lo curioso fue lo que me contestó el delegado de Sanidad cuando le dije que había elegido Villaescusa: «Buena gente» y «buenas fiestas». Quién me iba a decir que, casi cuarenta años después, iba a estar en esas buenas fiestas hablando a esa buena gente.
- Fue en noviembre de 1987 cuando mi marido y yo llegamos a Villaescusa con nuestros dos hijos, Cayetano y Miriam, de cuatro y dos años; el coche cargado de cajas de la mudanza y mucha ilusión por comenzar una nueva etapa, una ilusión que se vive aún con más intensidad cuando uno tiene poco más de treinta años.
- Nos sentimos tan a gusto que, solo tres años después, cuando aprobé la oposición, confirmé mi deseo de permanecer en Villaescusa. Todavía recuerdo ese día: estaba en el octavo mes de embarazo de nuestro tercer hijo, Pablo, cuando fui a Toledo para hacer el examen. Mi marido nos llevó hasta allí a José Luis Atance y a mí. Con José Luis, natural de Villaescusa, compartíamos no solo profesión, sino también una relación de amistad y cercanía. Nos dejó demasiado pronto.
- Hay recuerdos y emociones que nunca se borran, son los que terminan configurando nuestra biografía. Cuando llegamos a Villaescusa, el niño más

pequeño era Santiago, el hijo de Jose y Mari Pili. Mi primer reconocimiento escolar fue para Carlos Agudo, Pedro Antonio, Sandra Lara, M.^a Eugenia, Pedro Mañas, Verónica y Coral. También recuerdo el primer certificado de defunción que tuve que firmar.

- Es lo que tiene la medicina: da la bienvenida a quienes llegan al mundo y acompaña en la despedida a quienes se van. Ser médico conlleva un acercamiento muy especial a las personas, tanto en los momentos de alegría como en los de sufrimiento. Por eso decidí no asistir a ningún funeral. Sentía un profundo afecto por cada uno de ellos, especialmente por quienes habían necesitado más cuidados en sus últimos días y por la complicidad que acababa surgiendo también con sus familias.
- Por supuesto, quienes ya no están entre nosotros siguen ocupando un lugar en mi corazón y en mi memoria. De algún modo, los traemos de vuelta a la vida cada vez que hablamos de ellos. En “el elogio de la vejez”, Hermann Hesse decía, entre otras muchas cosas: «Los personajes humanos que ya no están sobre la tierra siguen viviendo en nosotros; nos pertenecen, nos proporcionan compañía y nos miran cargados de vida».
- La amistad también es una parte esencial de la vida y de la salud mental cuando se llega a un lugar nuevo. De aquellos primeros días en Villaescusa recuerdo especialmente cuando conocimos a Teodoro y nos invitó a su casa, «La Plaza», como siempre la llamaríamos desde entonces. Aquella invitación fue el comienzo de una amistad que ha perdurado hasta hoy.
- Durante todos estos años en Villaescusa también he vivido momentos de esos que hacen pensar que, a veces, Almodóvar se queda corto en sus películas. No me gusta contar anécdotas de mi profesión porque las considero parte del secreto profesional, pero hoy voy a hacer una excepción. Y aprovecho para mandar un recuerdo muy especial al cielo a sus protagonistas porque ya no están entre nosotros.
- Un día me llamó una mujer para que fuera a visitar a su marido porque había comprendido que estaba viviendo sus últimas horas. Sabía que no se equivocaba, en parte por esa sabiduría que tienen los pueblos y en parte porque era una persona que llevaba tiempo muy enferma. Cogí mi maletín y me dirigí a su casa. Cuando llegué, me encontré al enfermo tumbado en

su cama y vestido con su mejor traje. No sé si podéis imaginar todo lo que se me pasó por la cabeza. Y, naturalmente, le pregunté a su mujer por qué lo había vestido así estando tan enfermo. Ella, con toda naturalidad, me respondió:

—Doña Lourdes, es que luego, cuando se mueren, se ponen muy rígidos.

- También guardo un recuerdo muy especial de los veranos. Aunque la población aumentaba y la carga de trabajo era mayor, era también la época de reencontrarme con quienes regresaban al pueblo para pasar unos días. Para mí siempre eran encuentros muy agradables. Me contaban cómo les había ido durante el año y me enseñaban los informes clínicos que traían de sus médicos para que les echara un vistazo y me pusiera al día de la evolución de sus enfermedades.
- El verano también era la época en la que normalmente me pedían preparar alguna charla relacionada con la salud. Aunque tenía poco tiempo, me encantaba investigar sobre algún tema de interés, que normalmente elegía yo misma. Gracias a las asociaciones de mujeres y de jubilados por la confianza que depositábais en mí y por darme la oportunidad de compartir esos momentos con vosotros.
- Vivir y trabajar en Villaescusa ha hecho que mi vida profesional y personal se entrelazaran inevitablemente. En el ámbito profesional ha tenido algunas ventajas, como la posibilidad de conocer el entorno de mis pacientes, algo que muchas veces ayuda a la hora de diagnosticar y aconsejar. Pero también ha tenido algunos inconvenientes, como tener que guardar muchos secretos: a veces buenas noticias, como los embarazos, y otras más difíciles, como los problemas familiares.
- He comprendido, además, que la soledad es una de las peores enfermedades. Cada Nochebuena, cuando me sentaba a cenar, recordaba a quienes sabía que estaban solos, y también a aquellos que atravesaban un momento complicado de salud. Pero pensaba igualmente en quienes tenían una compañía especial o acababan de superar un tratamiento decisivo. La verdad es que he sentido por todos un gran afecto y puedo decir que habéis llegado a formar parte de mi familia.

- Hay una cita de Simone Weil que me encanta: «Detenerse, callar y mirar al otro sin esperar nada a cambio». Qué palabras tan sabias. He intentado aplicar ese principio a lo largo de toda mi vida.
- No sé si alguno de vosotros os habíais dado cuenta de que, cuando iba a ver a un paciente muy enfermo, lo primero que hacía era tomarle el pulso. La información cardiovascular es muy importante, pero para mí suponía también un primer contacto físico con el paciente. Era una forma de que, en esos momentos tan difíciles, supiera que al otro lado estaba yo, concentrada únicamente en los latidos de su corazón.
- La medicina de familia es una vocación, y el contacto con el paciente es lo más importante. Como escribía Natalia Ginzburg en su fascinante libro *Las pequeñas virtudes*: «¿Qué es la vocación de un ser humano sino la más alta expresión de su amor a la vida?». Yo me siento bendecida por haber podido formar parte, de alguna manera, de la vida de tantas personas.
- De pronto, un leve rumor corporal, una sutil inflamación, un dolor inesperado o una tristeza difusa acaban convirtiéndose en una imagen radiológica, en una analítica o en una valoración clínica. Aunque la consulta especializada se encargue del seguimiento, nosotros los acompañamos, los arropamos con empatía y estamos a su lado durante el proceso.
- Por eso pienso que la medicina de familia es, de alguna manera, la medicina más auténtica: saber un poco de todo y estar siempre ahí. Mi hija pequeña, María José, ha decidido seguir mis pasos, y disfruto enormemente cuando comentamos algunos casos clínicos. Es una suerte poder seguir vinculada a mi profesión también a través de ella.
- Por supuesto, el estudio constante es fundamental para seguir aprendiendo y mantenerse actualizado. Como todo, la medicina evoluciona. En mi caso, teniendo una familia grande, no siempre era fácil encontrar tiempo para ello; por eso cada día me levantaba a las siete de la mañana para poder leer las revistas médicas o estudiar algún caso concreto.
- En estos tiempos, la medicina está inevitablemente influida por la evolución digital y el desarrollo de la inteligencia artificial. Todo ello puede ayudar a mejorar los diagnósticos y a difundir información sobre la prevención, pero

hay algo que nunca podrá hacer un ordenador: mirar con amabilidad a un paciente para comunicarle un resultado, transmitirle esperanza o simplemente ofrecerle apoyo en un momento difícil.

- La prevención, y enseñar sobre ella, también ha sido siempre una parte fundamental de la medicina. Una de las máximas hipocráticas decía que «la mejor medicina es enseñar a la gente cómo no necesitarla».
- Desde que llegué a Villaescusa empecé a animar a las personas a caminar, porque el ejercicio físico regular es una de las mejores formas de proteger nuestro bienestar integral. Balbino, que era el alcalde, siempre bromeaba diciéndome que había llenado los caminos de Villaescusa de caminantes.
- Y, por supuesto, como bien sabéis muchos de vosotros, Yoli y yo hemos sido de las más fieles a esos paseos. Ahora, con el tiempo libre que me ha dado la jubilación, podemos seguir disfrutándolos sin faltar casi ningún día. Como dice Yoli: «Ya llevamos muchos años cotizados en paseos como para que ahora nos vayamos a cansar».
- En la consulta también he insistido en otro de los factores más importantes en la prevención: la alimentación. Recuerdo muchas conversaciones en las que yo también aprendí mucho de vosotros. De hecho, la cocina de los pueblos, normalmente más sencilla y más lenta, es la más saludable.
- Recuerdo con mucho cariño a Pilar, la del Fraile, cuando me contaba cómo preparaba su sopa de cebolla. Y también los guisos tan sencillos que hacía Jacinta. Sé que desde donde nos estén viendo, se alegrarán de alguna manera de estar hoy aquí presentes.
- La profesión de médico se vive las 24 horas del día. Uno siempre está preparado para cualquier imprevisto relacionado con la salud de alguna persona. Pero durante mis primeros años en Villaescusa esto era literalmente así, la jornada laboral era de 24 horas. Siempre tenía preparado un jersey cómodo, hecho por mí años atrás, y un pantalón vaquero por si tenía que acudir a alguna urgencia durante la noche. Los fines de semana nos turnábamos con Santiago, el médico de Villar de la Encina.
- En marzo de 1991 entró en funcionamiento el Centro de Salud. Esto supuso un cambio importante en nuestra forma de trabajar: incorporamos el trabajo

en equipo, las guardias y las reuniones, además de continuar con la asistencia diaria en nuestros pueblos.

- El trabajo en equipo ha sido una experiencia muy enriquecedora. Hemos compartido confidencias y muchos momentos especiales, sobre todo en las comidas en las que conseguíamos reunirnos todos.
- También hemos vivido momentos de profunda tristeza porque, durante estos años, cuatro de nuestros compañeros nos dejaron: Carlos, José Alberto, Manuel y Arturo. Los recuerdo a todos con muchísimo cariño y con la gratitud de haber compartido con ellos una parte importante de mi vida profesional.
- Con los enfermeros también he tenido una relación muy estrecha, especialmente con quienes han trabajado conmigo en Villaescusa. Siempre han estado a mi lado en momentos muy importantes, como en las urgencias médicas, donde el trabajo en equipo y la confianza son fundamentales. Durante muchos años, Maribel fue mi compañera y se convirtió en una gran amiga. Y durante mi último periodo, José Antonio representó la unión de profesionalidad y discreción, dos cualidades imprescindibles en nuestra labor.
- En nuestra rutina diaria, los jueves eran un día diferente, porque tocaba pasar consulta también en Rada de Haro. Después de la pandemia, esta consulta pasó a ser mensual.
- Cuando iba a Rada la visita a Antonia, una paciente que no podía moverse, era obligada. No olvido los momentos que compartimos junto a su hermana Resu, llenos de cercanía y humanidad. Todos los pacientes de Rada de Haro tienen también un lugar especial en mi corazón.
- Durante los últimos ocho años también he sido responsable del servicio médico del asilo de Belmonte, una experiencia que me ha enriquecido profundamente desde el punto de vista personal y profesional.
- Tener un contacto tan cercano con tantas personas que se encuentran en la última etapa de su vida y comprobar la serenidad y la paz que muchas de ellas transmiten ha sido una auténtica lección de vida. Me han enseñado

que, incluso cuando las fuerzas disminuyen, siguen existiendo la dignidad, el cariño, la gratitud y la capacidad de disfrutar de los pequeños momentos.

- Además de contar con la gran ayuda de todos los trabajadores del asilo, no puedo olvidar la labor de las monjas, especialmente de sor Elisa y sor Zoila. Quienes habéis tenido relación con ellas sabéis perfectamente de lo que hablo: qué paciencia, qué inteligencia, qué empatía y qué delicadeza. Precisamente todo aquello que necesitan las personas más frágiles y todo lo que merecen después de una vida entera de esfuerzo y de experiencias.
- En esta nueva etapa de mi vida, la de la jubilación, me siento satisfecha de haberme dedicado a una profesión que me ha permitido transmitir mensajes de salud y, sobre todo, acompañar a las personas en momentos esenciales de sus vidas. Espero haber contribuido, de alguna manera, al bienestar de todos. Como decía Maya Angelou, escritora y poeta estadounidense: «Las personas olvidan lo que dijiste, olvidan lo que hiciste, pero nunca olvidan cómo las hiciste sentir».
- La jubilación rompe rutinas, rompe dinámicas, rompe incluso parte de nuestra identidad. El teléfono deja de sonar, el reconocimiento desaparece y la actividad diaria cambia por completo. Durante los últimos meses pensé mucho en cómo sería este momento, y he tenido que aceptar que una etapa de mi vida había terminado y que era necesario comenzar otra.
- Yo he tenido la suerte de sentirme muy arropada por mi familia. Ellos han sido conscientes del cambio de vida que iba a comenzar y me han acompañado en este proceso con comprensión, paciencia y cariño. Como decía Emmanuel Carrère: «Un buen hogar nunca decepciona».
- Para mí, esta es una etapa muy importante para cultivar el espíritu, sobre todo a través de los libros, que han sido siempre una de mis grandes pasiones. La lectura es una forma de sentir con más intensidad, de comprender mejor el mundo y a nosotros mismos, tanto a través de la literatura como de otras áreas del conocimiento, como la filosofía y la teología.
- Mi pasión por la lectura me llevó a formar parte del club de lectura de Villaescusa. Esta magnífica iniciativa, que se mantiene sin interrupciones

desde hace más de 20 años gracias al impulso y la dedicación de Irene, me permitió descubrir a los clásicos, esos autores que siguen hablándonos de temas siempre actuales: la soledad, el amor, la amistad, el perdón o la búsqueda de la felicidad.

- Continúo también con otras actividades relacionadas con la Iglesia, como el coro y la catequesis. Además de disfrutar, aprender y vivir la fe de una manera muy especial, estas experiencias me han permitido crear grandes amistades.
- Y así es mi vida ahora: sosegada y tranquila. Tengo muchas lecturas atrasadas, pero en estos seis meses ya he empezado a recuperar parte del tiempo y he podido disfrutar de muchos libros. Como decía Marguerite Yourcenar: “lo mejor para las turbulencias de la mente es aprender”.
- En la tercera edad, las expectativas físicas pueden ser menores, pero las expectativas espirituales son mayores. Uno empieza a valorar más la complicidad, la ternura y la serenidad que la vanidad.
- Envejecer es un proceso que aceptamos mejor cuando podemos seguir cuidando nuestro cuerpo y nuestra mente, cuando conservamos la curiosidad, la capacidad de aprender y el deseo de seguir viviendo plenamente. Es la ilusión de comenzar de nuevo cada mañana. Como dice el psicólogo y divulgador Arthur C. Brooks: «Las personas más felices son aquellas que nunca dejan de aprender».
- Como mensaje final, tranquilos: no he venido, en plenas fiestas, a deciros que no comáis dulces ni que dejéis de beber alcohol. Eso sí, como en todo, mi consejo es hacerlo siempre con la moderación que cada ocasión requiere, porque así se disfruta mucho más.
- Lo que sí espero haber transmitido con mis palabras es que disfrutéis de la vida cuidando no solo de la salud física, sino también de la mente y del espíritu.
- Por mi parte, como dicen los protagonistas de un famoso programa de la televisión de Castilla-La Mancha: «Yo me quedo aquí». Yo me quedo aquí en Villaescusa de Haro. Yo me quedo aquí con su gente.
- Y ahora sí: ¡felices fiestas a todos y disfrutad de la vida!